

LA CENICIENTA DE LAS ORGANIZACIONES REGIONALES:
LA CUENCA MEDITERRANEA

El mundo está superenlazado por organizaciones «regionales» de todo tamaño (continentales, subcontinentales, vecinales) y finalidad (estratégicas, económicas, de cooperación técnica, mixtas). Por eso destaca una excepción, no casual ni inofensiva—para los mediterráneos—, que es la de la cuenca mediterránea en su conjunto o en sus sectores.

No voy a «descubrir el Mediterráneo», área geográfica siempre animada; con rasgos propios, pero con vida sólo en parte propia; siempre ha destacado en las relaciones internacionales con visible hipertrofia en tiempos de tensión o crisis, como la II Gran Guerra o la de Palestina-Sinaí, y con agudización en las fases variantes de la «guerra fría», con la agravante de que la distracción internacional ante otros problemas (Indochina, Caribe, Centroeuropa) repercute desfavorablemente en el que fue Mare Nostrum. El futuro del forcejeo humano será naval (Mahan), terrestre (MacKinder) o aéreo (Dohuet); pero el Mediterráneo participa de todo lo que afecta a la paz. Incluso las mejoras aparentes de sus problemas—por ejemplo la anunciada reapertura del canal de Suez—repercuten complejamente en el desarrollo de su conjunto.

Y vamos con algo que justifica nuestro interés por cuanto acontece en la cuenca mediterránea. Es claro, España es un país mediterráneo, en cuya vida influye cuanto acaece o se gesta en aquélla. Los 492.463 kilómetros cuadrados peninsulares (497.477 con Baleares y 504.750 con Canarias) cuentan con 1.663 kilómetros de costa mediterránea, frente a 1.485 de la atlántica (con Portugal, 2.326), o sean 156 kilómetros de superficie por uno de costa. Sin embargo, por algo de leyenda y algo de realidades, parece que es poco marino, pese a que entre el 60 y el 80 por 100 de su tráfico externo—según los momentos—es marítimo. Además está incrementando en las costas sus aglomeraciones y sus instalaciones, vaciando el interior (con oasis como Madrid) y volcando a ellas sus actividades; por cierto que sin gran protección contra las flotas y los otros medios de ataque, ya actuantes en el Mediterráneo. Incluso posee más de cuatro millones de tonelaje mercante, y entre sus ele-

mentos en auge—hasta recientes asaltos—figura el pesquero. Así, prometedoras y comprometidas están sus chimeneas en el Campo de Gibraltar (como aquende el Bidasoa) y en otros lugares costeros. Canarias, Menorca son españoles por los «milagros» de 1797 y 1802-1939, y Menorca es una avanzada mediterránea.

Pero el «antimarinismo» español—del que hay un lamentable eco en muchos ensayos, no todos extranjeros, es la mezcla de leyendas con factores superables: la centralización burocrática lejos del mar y la desatención (en sí y comparativa) de los problemas navales; el reciente estudio de Tamames reconoce que la Marina Militar «cuesta» 8.865 millones (1.536 en «bienes o servicios» y 1.419 en «inversiones reales»), cifras ridículas dentro del boom presupuestario y de valores y aun en parangón con los de países menores y más pobres. No hay incapacidad ni falta de vocación marineras, sino preterición, regusto por temas minúsculos, interiores o personales; falta de continuidad naval y aun de programas y una dañosa reacción negativa ante cualquier golpe, que todos los países sufrimos—entre nosotros, los famosos de 1805 y 1808—, con oscurecimiento de los valores navales, frente a la tenacidad y el sacrificio de los pueblos que se han hecho talasocracias, mayores o menores. Es el difícil juego entre nuestras «orientaciones», la europea—en difícil momento—, la americana—en pugna con hegemonías insuperables— y la africana—en triste declive—, el factor naval aparece primordialmente, y en dos casos, el mediterráneo.

Y, sin embargo, este panorama tiene imperativos y correcciones indispensables: constancia y claridad de objetivos, dedicar más medios al mar, no distraernos ante promesas sin garantía a remolque ajeno, etc. Así, la ventaja lógica de «coporteros» del Estrecho no se seguiría sustituyendo por la «gibraltarización» neutralizante de España, que, casi aislada en conjunto, tiene compromisos y riesgos desiguales y en general capea temporales que no pueden «estabilizarse», porque cualquier súbita agravación—con sus directas repercusiones— queda en manos ajenas, dentro del proceso de «aceleración de la Historia», antítesis de cualquier pasividad o inmovilismo.

El mundo mediterráneo es muy complejo; sin perder sus rasgos interdependientes y repercutibles, la atención española debe centrarse en su parte occidental, más o menos, sin rebasar el meridiano al este de Mahón, donde parece que se han fijado ahora límites submarinos con Italia, vistos con mal humor desde otros países. En conjunto, el mundo mediterráneo es desconcertante y anómalo: confluencia de culturas e intereses europeos, africanos y

asiáticos, más ruidosos en sus divergencias; apéndices con vida propia—más que el Adriático o el Jónico, el Negro, que «mediterraneiza» a un coloso antioccidental y euroasiático—, al revés que sus oponentes, que son mediterráneos por mera concesión (EE. UU.) e implantación violenta. (Inglaterra). Mundo rico en historia y en aglomeraciones culturales, pero pobre en materias primas, con el desierto asomándose desde Yerba al Delta, y con regulares industrias; incluso la estabilidad de sus ribereños sufre por estar muchos enfeudados a pueblos extramediterráneos. Vive del aporte oceánico, sin gran coordinación preservativa, y sabiendo que la sola—y por ahora utópica—coalición de sus países no decidirá la Historia, trazada por otros. Es eco de la tensión entre el Este (moscovita, yugoslavo, «chino-albanés»), el Oeste (coagulado en la OTAN, «remolcado» cerca en el caso de España) y el «Tercer Mundo» (generalmente árabe), más bien antioccidental. Cualquiera tormenta local—como la árabe-israelí—se inicia o agranda desde fuera, y admite la coexistencia con mil tormentillas (Gibraltar, ciudades españolas en la costa marroquí, que suelen olvidarse; veleidades libio-maltenses, Trieste, reclamaciones albanesas y búlgaras, irritación greco-turca, temor a Israel, y en Líbano, también a Siria; querellas latinas o mogrebina, etc.). Consecuencia: a él se asoman los mandos y sectores de la OTAN y de sus auxiliares (como España), los del Pacto de Varsovia, de la Liga Árabe y hasta teóricamente de la rudimentaria y explosiva OUA. Económicamente le llegan la CEE y el COMECON y por supuesto la OPEP. Mucho de lo que resulta concurrente y antagónico, poco de lo lógico y armónico. Así sería un sistema u organización propios, aunque empezaran por un modesto Pacto, que podría ir dando mayores frutos, o fracasar como los demás intentos similares.

Al mundo mediterráneo le está haciendo mucha falta una coordinación organizada, con los menos extraños posibles. La lista de los perceptores de esta anomalía desde 1945 es larguísima, heterogénea y sorprendente. Citemos a los españoles Nieto, Artajo y Castiella, que en 1968 le dió estado diplomático; a los galos De Gaulle, Couve de Murville, Debré, Gaillard y Giscard; al itálico Fanfani; al maltés Dom Mintoff; a los árabes Bumedian, Buteflika, Burguiba, Masmudi y Sadat; al yugoslavo Tito; al heleno Papagos, y al turco Menememyoglu, que fue el primero cronológicamente en señalarla. Hasta un sudafricano, Verwoerd. Nótese la ausencia anglosajona (salvo el vago discurso de Nixon en Guam; en contraste con lo explícito de Chou En-lai ante Dom Mintoff). Vagamente se opusieron Sotgiu y Richardson, dos jerarquías otanianas, y claramente Sikes, Moore, Dean y otros. Los distingos de Pod-

gorny, con su «plan mediterráneo», de Rusk y de Breznev nos dejan dudosos. La gran prensa heredera del «amarillismo» del 98 (N. Y. Times, C. S. Monitor, W. Post) es antimediterránea.

Pero lo peor es que no todos los «mediterraneístas» quieren lo mismo: a) unos quieren un simple (breve o largo) Pacto de fines variados (iniciativa turca de 1951). b) Otros, una cooperación económico-social que pueda llegar a ser estratégica (Gaillard); sin desconocer su futuro choque con la CEE. c) Otros, sólo una «desnuclearización»: nota de Dobrini en 1963. d) Otros, la retirada de las flotas foráneas, con variedades de detalle: no era igual la propuesta de Castiella de 1968 que la de Breznev de 1971. e) Y no faltan los que —como España— desean puntualizaciones «menores» pero vitales sobre el paso «inocente» según los Convenios de 1958-60, los depósitos y las bases menos inocentes, etc. De todos modos, las flotas «salidas» quedarían cerca: en Lisboa, si es que no en Rota, y en Odesa, si es que no en Split o Alejandría; de suerte que la détente no resulta alejada de la evacuación foránea, idealmente concebible, sin olvidar los compromisos de algunos, como Italia. Y sobre todo que las ilusiones chocan con la realidad: Inglaterra no se irá si no se la estimula (lo que nadie hace). Washington no abandonará a Israel ni Moscú a sus clientes. Todos defienden sus ventajas, caprichosas, o bien modestas como las que la geografía da —caso español— con carácter defensivo.

Para reforzar lo expuesto conviene destacar ciertas derivaciones muy incrustadas ya en el presente: A) La otanización y la varsoviaización son malas para los países peor situados, como España. B) La crisis entre Estados Unidos y Europa, que no es pura contingencia, sino reflejo de realidades consolidadas e internacionales (endeudamiento fiscal, recesión económica, iniciativas inevitables de los europeos, Francia en cabeza). C) Que tal crisis, sin llegar a una improbable ruptura (o aislacionismo total), no se remediará del todo y que el simple alejamiento estadounidense provocará automáticamente una aproximación —desigual e impositiva donde pueda— de la URSS, y uno de sus escenarios sería el Mediterráneo, ya bastante «tanteado», con rápidos ecos entre los no alineados y «reblandecimientos» en muchos occidentalistas. D) Que aunque los europeos obraran más por sí, inclusive en el Mediterráneo, no se ve que, al menos de arranque, lo hagan armónicamente; contemos a sus socios alejados, como el Benelux, Escandinavia y Alemania. Los egoísmos («sacro egoísmo nazionale») de los «subgrandes» —Inglaterra y Francia— y las «flotaciones» de otros, temiéndonos que entre ellas pueda estar la

española: E) Que la apertura de Suez provocará en este panorama efectos delicadísimos, incluidos los de reactivación de pasadas crisis. F) Que ante tal perspectiva, los más fuertes o decididos se dedicarán, no a «recuentos» o pruebas, sino a propagandas y reclutas de los otros vacilantes, exhibiendo lo que les convenga, sondeando lo que necesiten, ofreciendo sin excesiva intención cumplidora y pidiendo con realismo calculado y con propósitos de rápida verificación. Si lo que piden son—posible supuesto en el caso de España—aportaciones pasivas, como las geográficas, a manipular por los peticionarios, hay factores de delicada o nociva operación. Téngase en cuenta que, por ejemplo, Francia e Inglaterra no pueden pedir ni al Magreb ni a Italia lo mismo que hace quince años, y que en primera línea aparece como ersatz España, cuya historia colorean piraterías británicas, leoninos «Pactos de Familia», desastrosas intervenciones (1808, 1824, 1936) y análogas coempresas (1863, 1925) que obligan, no a rechazar a priori cualquier sugestión, pero sí a extremar el cuidado en su valoración, descontando, por supuesto, que la otra parte pueda simultanear dos políticas contradictorias (hostil y «cordial»).

En el caso de cualquier apelación a la colaboración española en el Mediterráneo, es imposible olvidar la exclusión española de los escenarios que se proyectan sobre el Mediterráneo. Pensamos en el Mercado Común y la OTAN, no como metas inmediatas—verdaderos saltos sobre el abismo—, sino como posibles escalas de un proceso graduado del que no se puede prescindir mucho más tiempo. Hay que pensar también en la repercusión de esas ofertas y lo que supondrían sobre los nexos preexistentes de España, de los cuales son típicos los estadounidenses (1953-1970), llamados en breve a forzosa revisión; incluso por iniciativa de la parte hasta hoy más beneficiaria (E.E. UU.). Cualquier «paquete» debiera unir a los intereses extraños, en la lista colaborativa, los españoles (Gibraltar, Ceuta, etc.). Pudiera ser que si España participara en una colaboración plurilateral y no sólo bilateral, «la cosa» fuera más diluida y complicada, pero con menor riesgo de desliz hacia la subestimación. Si la colaboración tiene muchos objetivos—como en el Tratado yanqui de 1970—, puede disimular el principal, lo que pudiera resultar, manejándose con habilidad, útil. Incluyendo la hipótesis de que aportara mejoras sobre un Gibraltar compartido y no vedado.

Acabaremos enunciando verdades que fluyen por sí: A) Es mejor un enlace aceptable que el aislamiento, de secuencias incalculables. B) Es mejor cualquier sistema o pacto mediterráneo que remedie algunos males, aunque

no todos, que el anárquico status presente, castigo de los débiles e indecisos. C) Sería válido un arreglo sólo para el Occidente, dado el enquistamiento del problema árabe-israelí; incluso faltando la colaboración inicial mogrebina. D) Precisas más que nunca son las iniciativas españolas, como funesta es la prolongación del criterio de estar a las ajenas. E) Hay que realizar los preparativos a nuestro alcance (contactos, datos, obras, refuerzos, arreglos concretos, defensas concretas). F) Entre esas iniciativas, útiles o utilizables, debe reconsiderarse la oportunidad de un sondeo múltiple cerca de muchas cancillerías mediterráneas en orden a la convocatoria de una Conferencia diplomática, sin agenda demasiado rígida o cerrada. Aun fracasando, el tanteo sería útil.

J. M. C. T.

ESTUDIOS

1901